

Por un movimiento social de nuevo tipo

Estamos, todos, pero sobre todo los hombres, en una época de desconcierto, donde se oyen voces de todo tipo de “maestros” de vida. Esta aparición de miles de guías espirituales indica, para mí, la existencia de ese malestar vital con nuestra forma de vida, esa conciencia de vivir una crisis de civilización, más allá incluso de una crisis de valores y, en muchos casos, una busca de trascendencia e incluso de espiritualidad. Muchos hombres ni siquiera admitimos este desconcierto o no llegamos a sentirlo, ahogándolo en conversaciones de bar, en el trabajo extenuante, sin ámbitos adecuados para desahogar nuestra rabia o nuestra impotencia.[5]

Pero al mismo tiempo, algunos de los más interesantes movimientos sociales recientes, sobre todo aquellos protagonizados por jóvenes, intentan hacer las cosas de forma diferente. Se trata de movimientos horizontales, donde nadie se arroga el derecho de pensar por los demás; movimientos que desconfían de las ideologías cerradas (que pretenden explicar la complejidad de la vida reduciéndola a fórmulas simples que esconden un ánimo de poder).

Se trata de movimientos relativamente al margen del poder (nunca del todo, porque el poder penetra en todos los resquicios). No entran (y esto sí que es nuevo) en confrontación. Huyen de la forma tradicional de funcionamiento de los grupos (especialmente de los de hombres): el de “estar unidos contra algo”. Quien se enfrenta a algo lo está reforzando, le está dando fuerza. Quien hace lo que quiere hacer y no entra en confrontación con “lo otro”, es mucho más libre y más capaz de crear. Por eso vemos aparecer por todas partes nuevos grupos informales que responden al deseo de comunicación.

Esto en un mundo en que las nuevas tecnologías de la comunicación significan, contradictoriamente, mayores cotas de incomunicación entre las personas. Se echa en falta el de contacto personal, vivencial, directo. Se nota a faltar gente que hable desde la duda, reconociendo el propio desconcierto, que se muestre conectado con sus propias emociones y vivencias, que hable con autoridad. Es decir, siendo autor de sus propias palabras [6].

A los hombres (quizá más a los de generaciones anteriores) nos resulta aún más difícil, puesto que hemos creado una coraza para “defendernos” de nosotros mismos, para negar nuestros deseos y necesidades y acomodarnos a lo que se pide de nosotros. Se nos enseñó diciéndonos que seríamos adultos si perdíamos nuestra libertad y nos adecuábamos a ser “hombres de provecho”. Es urgente, se siente cada vez más la necesidad de que aparezcan hombres que estén presentes con su vida, con su cuerpo (esto que somos y al que muy a menudo maltratamos por una idea de felicidad, de éxito, a menudo ficticio). Que se hablen a sí mismos y que, por tanto, se puedan dirigir al resto de los hombres con su propia voz libre.

Recordemos que la revolución feminista empezó en gran parte con una reclamación del cuerpo, de las emociones, del sexo, la menstruación, la fertilidad, De allí produjo teorías y políticas. Quizá ahora se haya convertido en un movimiento 'masculino', es decir con más teoría y política institucional que contenido personal y humano. Una revolución (la revolución

pendiente que propugnamos desde Ahige) sería la de dejar las teorías y políticas en segundo plano, sin olvidarlas y valorar el cuidado de personas, nosotros mismos, nuestros cuerpos y emociones.

Es el nuestro un movimiento de “mancha de aceite”, que no rehuye las grandes manifestaciones públicas y la acción de propaganda a través de los medios de comunicación, pero que prima sobre todo el trato personal, en pequeños grupos, donde el contacto con la historia personal de cada cual se pueda dar en contacto con la de los demás.

Por eso, la forma tradicional de los grupos de hombres, grupos inspirados en los grupos de mujeres, que han tomado de su experiencia muchas de sus formas de funcionamiento.

La crisis de la forma tradicional de ser hombre

Hablaba del desconcierto en que vivimos muchos hombres de hoy día. Existen, evidentemente, los que no se han planteado demasiadas cosas, los que siguen “tirando” sin más, puesto que les va bien (o ellos lo creen así) en la vida. Pero al lado, existen cada vez más que sienten ese malestar del que antes hablaba y que tiene síntomas bastante claros. Ante la crisis, una vieja reacción es la de acogerse a las faldas (simbólicas) de las mujeres y convertirse en “buenos hijos de mamá”. Querer ser aceptados por ellas es un deseo muy humano, pero si es a costa de alienarnos de nuestra experiencia, de “castrarnos”, se trata de una falsa salida. Es una enorme pérdida de fuerza, de eso que ahora llamamos “asertividad”. Y esa fuerza perdida aflorará cuando menos oportuna sea, en forma de violencia o agresión (o de autoviolencia o autoagresión).

¿Cómo recuperar la auténtica fuerza de ser hombre, con un grado de agresividad imprescindible pero creativa y sin hacer ni hacernos más daño? Éste es el auténtico reto de los hombres hoy en día. Significa crecer de una vez, dejar de ser eternamente niños o adolescentes (como tales, dependientes y enfrentados a nuestras madres) y ganarnos una voz libre y propia. Significa revisar nuestra forma de estar en el mundo, desde la sexualidad, nuestra relación con el poder (poder y joder casi coinciden) hasta nuestras relaciones entre nosotros, marcadas por la sombra de la homofobia y la rivalidad; es decir, por la dificultad de establecer relaciones de hermandad y de intimidad entre hombres. Hay un simbólico masculino tradicional, presente en la literatura épica, desde la Ilíada hasta la literatura romántica.

Hoy día, al mismo tiempo que lo militar no goza de demasiado prestigio [7], proliferan en la literatura de masas y en el cine comercial (y no tan comercial) las historias épicas de héroes que usan la violencia. Podemos verlo como una señal de que no todo ha cambiado, o bien como una necesidad de lo épico en nuestra sociedad.

Es decir, de hombres con fuerza, no castrados. No por casualidad, algunos de estos héroes nos son presentados marcados por un proceso espiritual de crecimiento interior muy importante. No quiero decir que todo lo que se ofrece sea de recibo; lo veo como un síntoma de esta necesidad de que aparezcan hombres fuertes [8].

El problema es que la fortaleza masculina se ha asociado tradicionalmente a la destrucción. O a la consideración de lo femenino como débil, cosa hoy en día más que rebatida. Es como si,

desde la envidia del poder creador de vida de las mujeres, se quisiera competir con ellas. Quizá fuera necesario un discurso en el que se presentaran los nuevos héroes, que no son otra cosa que los científicos, los ecólogos, algunos pensadores,... o los padres que cuidan de sus hijos o de su familia ¿Podemos asociar la fortaleza no sólo a la destrucción sino a la creación de nuevos mundos, a la ampliación de horizontes? [9]

Mi compañera me ponía el otro día un símil que me resultó muy iluminador. Me decía: imagínate que los norteamericanos quisieran trabajar su “americanidad”. ¿No crees que lo primero que tendrían que hacer es dejar de considerarse el centro del mundo? Todo lo demás vendría por añadidura. Pues bien, ¿podemos hablar de ser hombre sin colocarnos en el centro del mundo? ¿Con la fuerza de nuestra humildad?

Los feminismos

Es evidente que las mujeres han hecho mucho camino en nuestro país estos últimos años [10]. Han ganado mucho en fuerza, en autoridad, en confianza y en derechos sociales.

También es evidente que aún les queda mucho camino por recorrer. Durante mucho tiempo la bandera de las feministas era sobre todo la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. La igualdad legal o formal está prácticamente conseguida y ahora queda lo más importante: que esta igualdad pase al terreno de la vida cotidiana.

Y como comentaba antes, esto pasa por revisar (ellas y nosotros) cómo nos representamos nuestro papel en el trabajo, en las relaciones sexuales, en el trabajo en casa, en el cuidado de las personas, etc [11].

Sin embargo, otra corriente feminista afirma que no hemos de olvidar que la palabra “igualdad” implica un sistema de referencia, una vara de medir. Algo cuantificable. Y esta vara de medir se expresa en términos sociales, económicos; es decir, externos y ajenos a las experiencias humanas y a las relaciones de amor. Las relaciones económicas tratan a las personas de forma neutra e intercambiable, sin tener en cuenta las experiencias subjetivas ni la diferencia sexual.

Por poner un ejemplo: si hablamos de las tareas domésticas, lo importante no es que el hombre haga el mismo número de horas y minutos, sino que se responsabilice del cuidado de la casa y de los que viven en ella (cosa que a lo mejor, en algún caso, pueda decir que dedique más del 50% del tiempo). El “feminismo de la diferencia” pone el énfasis, por tanto, en las relaciones, en el amor, más allá de las reivindicaciones (que a veces se ven basadas en el resentimiento de algunas mujeres de no poder ser como los hombres)

No se trata -dicen ellas- de ser como ellos, sino de recuperar nuestra genealogía femenina, las mujeres que han hecho vida, han creado redes de amor a su alrededor, nuestra “cultura” femenina, basada en la diferencia sexual de ser mujer. Diferencia escrita en el cuerpo sexuado. Este otro feminismo nos interpela a los hombres de otra manera. Ya no se trata sólo de que los hombres “colaboremos” en la igualdad. Se trata de un cambio de paradigma o de referencia.

Y eso resulta mucho más complicado y más difícil... y más interesante, quizá.

La diferencia LIBRE de ser hombre

Como decía antes, hemos de empezar por nuestro cuerpo. Este cuerpo muchas veces olvidado, maltratado (aunque nos digan en el gimnasio que es “por nuestro bien” o en el trabajo que es “un sacrificio necesario”).

¿Por qué los hombres tardan tanto en reconocer que se encuentran mal, en oír a su cuerpo que protesta? Ahora bien, este cuerpo tiene sexo. No sólo genitales, también hormonas y reacciones diferenciadas de las de las mujeres. Es un tema abierto, discutible, pero que hay que estudiar. Lo más claro es lo que NO puede hacer: no puede parir y esta es una diferencia sexual primordial [12].

No me inclino a posiciones deterministas o biologicistas que ven en las hormonas una supuesta predisposición masculina a la violencia.

No soy experto, ni me gustan las explicaciones unilaterales, pero lo que no puedo mantener es este olvido del cuerpo de muchos hombres, aunque a veces se enmascare bajo formas “metrosexuales”, bajo cien afeites y pomadas cosméticas. Me estoy refiriendo a algo más profundo.

Julián Fernández de Quero escribía hace unos días en la web de Ahige un artículo sobre la sexualidad masculina, aludiendo a las presuntas “necesidades fisiológicas”. ¿Es una construcción social la supuesta mayor “necesidad de descarga” que tenemos los hombres? Una persona tan poco sospechosa de biologicista como Michael Kaufman lo admitía y lo daba como positivo. Yo no lo sé; tampoco sé si vale la pena discutirlo. Lo que creo es que tenemos que estudiar y trabajar mucho sobre nuestras sexualidades, muy a menudo demasiado “mecánicas” (basadas en aquello de “culo veo, culo quiero”).

Estoy convencido de que es una de las principales causas de pérdida de fuerza para los hombres. Aunque a lo mejor estoy equivocado. Otra de las tentaciones masculinas clásicas es de concebir todo en términos de “derechos” y “deberes”. Lo vemos, por ejemplo, en los casos de separación y de custodia compartida. En lugar de expresarse en términos de “deseos” (lo cual no quiere decir “impulsos”; hay que elaborarlos y trabajarlos), tendemos a envolvernos en el manto legal, utilizando las instituciones que hemos contribuido a crear para conseguir aquello que no podemos conseguir de otra manera.

Algunos hombres de nuestra época necesitamos con urgencia revisar la historia y rescatar una genealogía propia, una serie de referentes de hombres más allá del patriarcado, hombres libres en la determinación de hacer su vida en diálogo con el mundo. Poetas, místicos, aventureros, pensadores, trabajadores, que coexistan o incluso substituyan a los héroes de Matrix y similares.

Los chicos de hoy en día reclaman a voz en grito su necesidad de referentes. En eso, las mujeres nos llevan ventaja, puesto que están redescubriendo mujeres de otras épocas [13] que sirvan de referencia a las mujeres actuales. Frente a este trabajo ingente, pero

entusiasmante, creo que reducirlo todo a cuotas (por muy importante que esto pueda ser) es empequeñecerlo [14].

Escrito por **Juanjo Compairé**, miembro de Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (AHIGE).

http://boletin.ahige.org/index.php?option=com_content&task=view&id=38&Itemid=1